

CAPITULO XXII.

Las rayas de la mano.



OSORIO procuró distraer á su amigo para que no notase los esfuerzos que hacia Leonor en atraerle á sí.

El amor no podia despertarse en su pecho, porque la ambicion le absorbia por completo.

Por otra parte, hizo gran amistad con el militar á quien habia salvado la vida.

En las dos ó tres primeras entrevistas, logró éste captarse todas las simpatías.

Le refirió con esa naturalidad propia de los hombres de guerra las acciones en que habia tomado parte.

Le pintó con vivos colores todos los detalles de las batallas, y con estas narraciones hirió una de las fibras más poderosas de su corazon.

Habia nacido para luchar, y las impresiones que el soldado despertaba en su alma desarrollaban en su espíritu el sentimiento que más tarde debia engrandecerle.

No ocultaba á su amigo Osorio el amor que le inspiraban las armas.

—¡Ah! Si yo no me hubiera criado tan recogido en el seno de mi familia, decia, si yo hubiera podido vivir al lado de los valientes que luchan por la religion ó por la patria, en vez de venir á estudiar á Salamanca, hubiera pedido que me enviasen á luchar con los moros.

A pesar de estas confesiones, no estaba más tranquilo el enamorado doncel.

Atribuia los desdenes de Leonor al interes que le inspiraba su camarada y resolvió destruir en él todos los sentimientos que podian inclinarle á rendir culto á la belleza de la dama.

En un arrabal de Salamanca, donde se hospedaban muchas gitanas, vivia una bohemiana, llamada Clavellina.

Era célebre por su belleza y por su acierto al decir la buena-ventura á los que iban á consultarla.

Hernan Cortés luchaba con la ambicion que se habia apoderado de su ánimo, fundado en el noble deseo de sacar de la pobreza á su familia, y con la pasion que se habia despertado en él por la carrera de las armas, que podia sin duda alguna facilitarle los medios de llegar ántes que por el camino de la ciencia á la realizacion de sus esperanzas.

Osorio atribuyó su tristeza á otra causa que la verdadera.

Era amante y era celoso.

—Os veo muy apesadumbrado, mi querido Hernan, le dijo. ¿Qué teneis?

—¿Por ventura lo ignorais?

—Cuando os lo pregunto. . . .

—La causa de mi tristeza es la seguridad que tengo de no alcanzar nada asistiendo á las aulas, y el deseo cada vez más vehemente en mí de consagrarme á la carrera militar.

Como Osorio estaba celoso, creyó que le engañaba su amigo.

—¿Y no teneis bastante resolucion para tomar un partido?

—No se qué hacer. Pienso en mis padres, y mi tristeza se aumenta.

—¿Creeis en esas mujeres que tienen el privilegio de adivinar el porvenir de las personas? le interrogó Osorio.

—He oido hablar de ellas.

—En Salamanca hay una muy célebre, que se llama Clavellina. ¿Quereis que vayamos á verla, Hernan?

—Tengo miedo.
—¿Miedo un hombre que desea batirse con los moros?
—Los infieles no me amedrentan. Es mi porvenir el que me intimida.

—¿Qué sabeis vos?
—Hay seres que nacen con la desgracia, y que la llevan siempre al lado hasta la tumba.

—Eso es dudar de la Providencia.

—Soy cristiano.

—No lo dudo. ¿Quereis que vayamos ahora mismo á ver á Clavellina?

—Vamos.

Los dos jóvenes cruzaron las estrechas y tortuosas calles que les separaban del arrabal, y llegaron al modesto albergue de la gitana.

Osorio habia visitado, ántes de hablar á su amigo, á Clavellina, y le habia enseñado el papel que debia desempeñar.

La joven que adivinaba el porvenir, los recibió con ese grajejo, con esa naturalidad, con esa poesía que en su lenguaje y en la expresion tienen las hijas del antiguo Egipto.

—Aquí tienes á un joven, dijo Osorio á Clavellina, que desea saber cuál es la suerte que le espera.

—Bien haya ese deseo, exclamó la gitana, porque si no me engaño, son aprensiones lo que tiene.

—¿Es cierto, le preguntó Cortés, que tú puedes leer en las rayas de mi mano el porvenir que me aguarda?

—Si lo dudais, ¿para qué venís á verme?

—Te hablo así, porque exijo ante todo sinceridad. Si doy fe á tus palabras puedo sufrir mucho, puedo aumentar la pena que me devora. Tú debes tener buen corazon, y no debes desear que nadie sufra.

—¡Ah! exclamó Clavellina con tristeza. ¡Si yo pudiera dar la dicha á aquellos cuyo sino es la desgracia!... ¿Creéis que

no sería feliz? Las monedas que recibo en cambio de mis adivinaciones, despiertan en mi alma la más viva gratitud. ¿Cómo he de engañar á los que me hacen el bien?

—Pues habla entónces.

—Dadme la mano.

—Tómala.

—¿Cómo late vuestro pulso! Teneis fiebre.

—Es mi estado normal.

—Pues parece mentira, porque hay aquí una raya que me dice: «Clavellina, en tus manos tienes las de un valiente.»

—Sí, dijo Hernan Cortés enardeciéndose.

—¿Es verdad, añadió la gitana, lo que me dice esta otra raya? Sois pobre, habeis vivido en el seno de una familia distinguida.

Por eso lo veis todo negro.

Tranquilizaos, joven; la desgracia se cansará muy pronto de perseguiros, si empleais el valor que Dios os ha dado para luchar con ella.

Abandonad el camino que seguís; por él os acompañará la tristeza.

Seguid otro más brillante, más esplendoroso; id á combatir contra los árabes, tomad parte en las guerras de vuestra patria.

En la lucha encontrareis un bálsamo dulcísimo á vuestras penas: en el triunfo, la satisfaccion de vuestras esperanzas.

—¿No me engaños? preguntó entusiasmado Hernan Cortés.

—¿Quién sabe si me engaño? Si mi ciencia no miente, es verdad lo que os digo. Pero esperad, añadió la gitana, viendo al joven sacar una moneda de su escarcela para dársela; debo advertiros que eviteis un peligro. Vuestro porvenir será risueño si sois fuerte contra el amor, no os dejeis seducir por sus halagos; os perderiais.

—¿Qué me importa? Mi corazon no le ha dado cabida.

—Temed, sin embargo; el amor nace de una mirada, se apodera del alma contra la voluntad de su dueño.

—Mi corazón está helado, contestó el joven Hernan á la gitana.

—Eso es lo que os salva. Huid de las mujeres; que no os fascinen, que no os detengan en vuestra marcha; de lo contrario, ni una sola de vuestras esperanzas llegará á realizarse.

La gitana habia adivinado la historia de Hernan Cortés.

Habia predicho su porvenir de una manera que le halagaba.

El esfuerzo que habia tenido que hacer el joven para rasgar el velo de su porvenir, le habia destrozado el alma.

Al abandonar la casa de Clavellina le devoraba la calentura,

Aquella noche temieron por su vida sus compañeros, y el médico se retiró al amanecer creyéndole perdido.

Inmediatamente envió Osorio un peaton á Medellin para que anunciara á los padres de Hernan Cortés el estado en que se hallaba su hijo.

La gravedad del mal duró muchos dias.

Cuando llegó doña Catalina á la cabecera de la cama de su hijo, la crisis era horrible.

Sólo la providencia podía salvarle.

Después de una convalecencia muy larga y muy penosa, en la que los padres del enfermo agotaron todos sus recursos, pudo volver con su afligida madre al pueblo en donde habia nacido.

Allí acabó de restablecerse.

Cuando estuvo bueno, acercándose á sus padres:

—Quiero que me otorgueis vuestra licencia para ir á la guerra. ¿Tenian derecho para negarle, nada los que nada le habian podido dar?

Los dos esposos ocultaron sus lágrimas, y le concedieron el anhelado permiso.

En aquel tiempo la guerra que más llamaba la atención de los hombres pundonorosos, era la de Italia.

El Gran Capitan hacia envidiar su compañía á los que sentian el valor en sus venas.

Hernan Cortés se dispuso á ir á Italia.

Pero una terrible recaída le impidió realizar este deseo.

Parecia mentira que una naturaleza tan débil pudiera resistir tantas enfermedades.

Se restableció, sin embargo, gracias á los cuidados de sus padres, que se sacrificaban por él; pero se quedó tan débil, tan enfermizo, que vió que era una carga para ellos.

Desde entónces su único deseo fué morir.

El descubrimiento del Nuevo Mundo, los portentos que le contaban de aquellos países, las acciones heróicas de los capitanes que iban á las órdenes del gran hombre, todo aquello reanimó el fuego que se extinguía poco á poco en el corazón de Hernan Cortés.

Yendo á las Indias, dejaba de ser gravoso á sus padres, y podía realizar sus sueños de gloria.

O la muerte ó la vida: tal era el dilema que queria resolver.

Su padre era pariente de don Nicolás de Ovando, y accediendo á los ruegos de Hernan, le dió una carta para él.

Se despidió de sus padres, dándoles gracias por los sacrificios que les habia merecido, y ofreciéndoles pagar aquella deuda si no parecia ántes.

Llevaba la muerte en su corazón.

Los que han leído la historia del descubrimiento de América por Cristóbal Colon, saben cómo llegó hasta la Española, en qué circunstancias conoció al ilustre marino, por qué volvió á la madre patria, y cuáles fueron las ideas que despertó en su alma el almirante casi en los momentos de su agonía.

¿Cómo no habia de pensar Hernan Cortés al contemplar lo pasado y al ver que habia podido vencer á su naturaleza, que habia logrado una gran parte de sus sueños, que estaba al frente de un ejército valeroso, próximo á empeñar una lucha, cuya victoria debia abrirle camino, y colocarle á la altura de los hombres más grandes de su siglo?

¿Cómo no había de pensar en las desventuras de su vida, en las lágrimas que había devorado, y cómo no había de acordarse ante la idea de sucumbir en el combate, precisamente cuando se acercaba al colmo de su felicidad?

Montejo conocía toda su historia.

Hallándose los dos en la Española, tuvieron un choque.

No pudiendo contener su pena ninguno de los dos, sacaron las espadas para matarse, y Montejo, que era generoso y valiente, obedeciendo á un impulso instantáneo, arrojó el arma que ostentaba en la diestra:

—No quiero mataros. Sois un hombre de corazon; el porvenir os sonrie: dadme la satisfaccion de veros grande.

Hernan Cortés le tendió sus brazos.

Su amistad fué desde entónces en extremo.

Hernan Cortés le refirió sus desventuras.

Montejo pagó esta confianza con la narracion de la historia de su vida.

Hé aquí por qué Cortés en vísperas de la primera batalla se estremecía, no de miedo, que no le conocia, sino por el temor de que sus esperanzas quedasen destruidas con una derrota.

CAPITULO XXIII.

El político y el guerrero.



a presencia de Montejo reanimó al capitán.

—Olvidaos de que me habeis visto pensativo, le dijo.

—Soy vuestro amigo de corazon, y lo único que deseo es ayudaros.

—Aprestémonos al combate.

—Yo por mi parte no tengo miedo. Ya sabemos lo que son los indios y hasta dónde alcanzan sus flechas.

—Que los soldados asistan al combate con esas cotas de algodón que he mandado fabricar para ellos en la Habana, y que han de preservarlos de las aceradas puntas de las flechas.

—Con los mosquetes y las lanzas pronto pondrán en fuga á los enemigos.

—Es necesario desde el primer momento intimidarles.

—Fácilmente se consigue; con disparar á un tiempo los falconetes de una banda y luego los de la otra.

—Teneis razon.

Id Inmediatamente á dar las órdenes á Francisco de Orozco para que traslade á los botes toda la artillería.

—Montejo partió á cumplir sus órdenes, y Hernan Cortés concilió un rato el sueño.

Estaba cansado.

La meditacion habia aniquilado todas sus fuerzas, y necesitaba prepararse para el combate del dia siguiente.

Los primeros rayos del alba le despertaron.

Todos los capitanes llegaron á bordo de la carabela que habian convertido en capitana por su escaso calado.

—¿Estais dispuestos? les preguntó Cortés.

—Sí, contestaron.

—Es preciso morir ó vencer.

—Venceremos, no lo dudeis.

—Los indios nos esperan, y es necesario que tengamos precaucion para que no nos pierda el arrojó. Avanzaremos formando con las carabelas un semicírculo; desde el rio dispararemos contra nuestros adversarios, y aprovechando el primer momento en que retrocedan, desembarcaremos y caeremos sobre ellos para que la refriega dure poco.

—Excelente idea, exclamaron á una los capitanes.

Tomadas todas las medidas, para ejecutarla se pusieron en movimiento los buques.

Poco despues descubrieron los españoles á sus enemigos, que en canoas los unos, y tomando las orillas los otros, aguardaban con ánimo resuelto á los invasores.

Una idea cruzó de pronto por la imaginacion de Hernan Cortés.

El número de sus adversarios era inmenso.

Todo el esfuerzo, todo el heroismo de los españoles podia quedar destruido en un momento por aquella falanje aterradora.

A una órden suya detuvieron su marcha los bajeles.

Llamó á los capitanes, y una vez reunidos en su presencia:

—No nos bastan las fuerzas para luchar con los enemigos que tenemos delante, les dijo; es necesario que nos ayude el talento, la habilidad.

La única arma que debemos emplear contra ellos es la rodela. Defendámonos de sus agudas flechas, y que nos vean avanzar majestuosos hácia donde están; al convencerse de que las acerradas puntas de sus armas se embotan en nuestros escudos, al ver que despues de haber sufrido su ataque caemos sobre ellos,

es más posible que huyan amedrentados, que no empeñando una lucha franca y abierta.

No agradó á los capitanes tener que limitarse á tomar la defensiva.

Pero Hernan Cortés insistió en que era de todo punto necesario convertir en amigos á los enemigos que encontraba.

—No es nuestro objeto, añadió, limitarnos á dominar estos países. El fin de nuestra expedicion es otro.

Aun está muy distante la capital del imperio, que es adonde deben dirigirse nuestras miradas, y si avanzamos sin dejar amigos detrás, nuestra situacion será terrible y nuestra muerte cierta.

Las reflexiones de aquel hábil político, garantizadas con el valor que tanto habia demostrado, influyeron poderosamente en el ánimo de todos, y sus órdenes se ejecutaron al pié de la letra.

Aun hizo más: envió por segunda vez á Jerónimo de Aguilar para que parlamentase con los indios.

—Id y pedid de nuevo la paz; aseguradles que si no nos la conceden no tendremos más remedio que luchar, y no seremos responsables de lo que suceda. Insistid en demostrarles que sólo venimos á proporcionarles el bien.

Aguilar se adelantó en un esquife con el intérprete y algunos marineros.

No quisieron ni oírle.

—Apénas vieron acercarse la lancha en donde iba Aguilar, hicieron señas para que se alejase, porque estaban resueltos á luchar.

Algunos reconocieron en éste al antiguo cautivo de su cacique.

La estimacion que le profesaban fué causa de que por salvar su vida no le acometiesen.

Pero Aguilar comprendió desde luego que no habia medio de hablar con ellos y conseguir la paz que deseaba Hernan Cortés, y volvió á comunicarle lo que habia pasado.

Las canoas de los indios avanzaron al encuentro de las embarcaciones de Hernan Cortés.

Todo revelaba en ellos una resolución completa de rechazar la invasión extranjera.

Más de cien canoas se colocaron enfrente de los buques de los españoles, y cuando estuvieron á bastante distancia para que sus flechas pudieran herir á sus enemigos, las dispararon á un mismo tiempo de tal manera, que aquello fué una granizada.

Todas las órdenes que habia dado Hernan Cortés, todos los deseos que tenian sus soldados de obedecerle, todas las reflexiones que les habia hecho el valiente caudillo para sustituir el valor con la prudencia, fueron inútiles desde el primer momento en que aquella inaudita provocacion tuvo lugar.

Los soldados de Cortés se acordaron de que eran españoles.

A fuerza de remo no tardaron en hallarse á muy corta distancia de los indios que estaban en las canoas, y una vez allí dispararon sobre ellos, y llegando á juntarse las bandas de las canoas con las de los botes, en tanto que los indios luchaban con las flechas á guisa de puñales, los españoles con las espadas y las lanzas hacian una horrible matanza en aquellos infelices.

Los más prudentes retrocedieron.

Los más audaces, cayendo al agua, teñian con su sangre el trasparente líquido.

Después de una heroica resistencia, los indios dejaron libre la orilla.

Los españoles desembarcaron con presteza, y se detuvieron un instante para organizarse.

Muy pocos fueron los heridos en aquella sangrienta refriega.

Los misioneros que llevaban en sus embarcaciones, se quedaron cuidándolos en una de las carabelas.

Entre tanto, avanzaron los españoles; pero á poca distancia de la orilla encontraron un suelo pantanoso, donde se hundian los piés

Aquel lodo no les permitia avanzar.

Al llegar á muy corta distancia de un bosque, en donde esperaban hallar mejor terreno, vieron de pronto aparecer una porcion de indios, que disparando sobre ellos sus flechas, volvieron á ocultarse.

No habia duda: estaban emboscados.

La lucha iba á ser más terrible.

Aquellos hombres, defendidos por los troncos de los árboles, subidos otros en sus ramas, iban á recibirlos con una lluvia de flechas.

El político dominó al guerrero.

—Alto, exclamó Cortés; soy vuestro jefe, y debo velar por vuestra vida.

Por aquí caminamos á la tumba.

Conozcamos ántes de avanzar las fuerzas de nuestros enemigos, y busquemos ántes que todo sus flancos vulnerables.